

# BERLINESES

ABEL FERNÁNDEZ-LARREA



Edición: Duanel Díaz Infante  
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña  
© Abel Fernández Larrea, 2016  
© Sobre la presente edición:  
Casa Vacía, 2016

Primera edición: Ediciones Matanzas, 2013

[www.editorialcasavacia.com](http://www.editorialcasavacia.com)

Richmond, Virginia

## JETLAG

Julio. Despertar a media tarde. Abrir los ojos lentamente y con esfuerzo, como una puerta que se resiste. La luz. Groserías. Dolor en la pupila. En el reloj las dieciséis horas. Cálculo. Las cuatro de la tarde y el cuerpo una raíz hundiéndose en las sábanas. Erguir la raíz. Los pies sobre la madera del suelo. Inconsistencia de los pies, debilidad de la carne, vacío en el estómago. Necesidad de agua a veinte grados en contacto con la piel. Luego un bocadillo o algo que haga el paripé del mientras tanto. El cuerpo se adhiere a la materia. Do de pecho. El *homo erectus* debió sufrir lo suyo. Y así sucesivamente.

El baño es una estación del metro. Solo falta la sangre entre los azulejos. El espejo del lavamanos sigue haciendo falta, como hace falta acabar de regresar de Praga, de un viaje que ya dura demasiado. El agua, aproximándose a la pureza. Eso sí, el agua en Praga era menos agua y más óxido. Una ducha, una ducha y después la coherencia. Despertar de una vez. Regresar de Praga de una vez. Olvidar. El agua cae en ángulo de treinta grados sobre el cuerpo, borrando el sueño, llevándose más células en coma, más polvo del Moldava. Respirar. Transpirar. Secarse al viento. El mundo entero un secadero de almas. Un escenario. ¿No se trataba todo de eso, acaso? Máscaras y decorado.

Decoro. Demasiada saliva en vano. Parar la mente. Ir en pos de algo que haya recién salido de la nevera.

Leche. El cartón suda al contacto con la mano. Una o dos neuronas se despiertan. El pulso aún fuera de control. El cartón cae al piso derramando lactosa. El charco sobre la madera. El reflejo de un rostro que aún duerme. Pero no hay reflejo. El reflejo se ausenta. Donde debiera estar el rostro solo hay una lámpara de techo. Buscar el ángulo. Un centímetro a la izquierda: lo mismo. No hay reflejo. Se niega, se oculta del cuerpo. Tampoco hay sombra. Sin embargo hay cuerpo, son las cuatro y media, el sueño ya se ha ido y la ciudad está detrás de la ventana. Interrogación. Terror que va venciendo al desconcierto. Y si, ayer, si en Praga. Pero la ventanilla del avión, los vidrios del aeropuerto, los escaparates de Leipziger Strasse. Pero también la falta de atención, la cabeza en otra parte. El alma en la Malá Strana y los pies en Friedrichshain. La vida sigue estando en otra parte. El cuerpo es solo un títere del cuerpo. El mundo un escenario. ¿Y en Praga? ¿Era así también? Hay quien piensa que no, que algunas cosas son auténticas. Pero esas también representan, también llevan disfraces de carnaval, también usan afeites. ¡Ay, Hamlet! “La naturaleza nos da una cara...” ¿Y acaso no basta con eso? ¿No era la cara el reflejo del alma? Pero, entonces, ¿qué es el reflejo del cuerpo? ¿No es su rostro? Y un rostro, ¿no es acaso una máscara? ¡Oh, Turandot! “El pueblo de Pekín...”. ¿Y el de Praga? Pero Praga está lejos, varias muertes atrás... El pueblo de Praga... Alguien en la Staré Město que debe estar usando ahora una sombra y un reflejo ajenos, alguien que quizá los perdió antes, en otro sitio. El pueblo de Pekín. Desvarío. Aria sin rumbo. Da capo. Hace falta vestirse urgentemente, salir a la calle y encontrar una sombra y un reflejo. Pronto. En el rastro se encuentra de todo. Pero primero un café, a ver si el cuerpo se espabila.

La noche tardará en caer. En la calle aún hay quien saca a caminar su sombra. Pedir una prestada no lo justifican ni las circunstancias. No tener una mancha que lo siga a uno es como haber vendido el alma al diablo. Uno es un marginal, un apestado. Solo cabe esperar que nadie note la ausencia, arrimarse a un peatón sin prejuicios e ir tirando. Alexanderplatz está a unas calles, pero ahí hay más gente. En el metro, sin embargo, hay más luz y la luz elimina las huellas de un cuerpo sin su doble. Izquierda en Karl Marx Strasse, la boca del metro. Sumergirse en las tinieblas de las lámparas de flúor. Y Edita Gruberová la Reina de la Noche. El metro. Las puertas se cierran. La línea U7 rumbo a Hermannplatz. Los pasajeros no hacen más que mirar sus reflejos. Hay que cambiar de vagón constantemente, como un pulsar y el principio de la incertidumbre. Manon Lescaut raptada pero fiel. Hermannplatz. Línea U8. Otra vez un pulsar de vagón en vagón. Schönleinstrasse. KottbusserTor. Moritzplatz. Heinrich Heine Strasse. Jannowitzbrücke. Alexanderplatz. El mercado de las pulgas de Hackescher Markt.

Hacerse el distraído mirando entre las perchas. Buscar en los canastos algo que se asemeje al éter, a una oscuridad de pared de ladrillo. En el mercado de pulgas de Berlín aún se conservan las mismas máscaras de Praga. Una vez fue todo un mismo decorado. Uniformes. Sombras en la sombra. Hay cierta ropa de uso que se acerca a la penumbra. Se puede ir arrastrando un trapo y hacer caer a los incautos. Ese alter ego a noventa grados que suele dar un peso a lo que intenta ser espiga puede sustituirse por una manta con cierto antropomorfismo. Pero la imagen. El reflejo

es espontaneidad, un títere sin hilos. El títere de un títere. Pero, ¿quién es el amo? Siempre hay hilos, ¡cómo no! Todo es juego, la seducción salvaje de la carne y el cuchillo. Sin hilos nada corre, nada baila bajo la luz del foco. El títere es manipulado y a su vez manipula a su auditorio, con sus gestos graciosos y su final reverencia. Pero el hilo se pierde. No hay hilo, no hay reflejo. Es necesaria una tarjeta de presentación, un recuerdo de la ausencia. Este es el señor M. ¡Encantado! Si se ha perdido el hilo hay que buscar al amo. Hay que implorar. Uno mismo puede ser una sombra, pero el reflejo... El retrato del cuerpo. Cómo hacer que un gemelo se aparezca en todo vidrio, en cada rebote de luz. Esos secretos nadie puede guardarlos salvo los amantes de las antigüedades. No tiene caso, nada puede hacerse pasar por un eco del cuerpo.

De vuelta al metro, entonces, con el rabo entre las piernas. Pensar en el claustro. “Nessundorma...”. “Addio del passato...”. La catedral de Santa Eduvigis, el hábito y la luz de las candelas. Dios sabrá perdonar, y quizás restituir. Hackescher Markt... Friedrichstrasse... Unter den Linden. Ir a la catedral a confesar que ayer, en Praga, se nos perdió un apéndice. Pudiera ser también que el diablo, que allí vive, dé unas monedas por un alma sin sombra y sin reflejo. Mefistófeles espera. La función debe continuar. Varsovia, Berlín, Praga, tres actos de una misma comedia. Unter den Linden: el bulevar bajo los tilos. Bebelplatz con exceso de sombras. El aplomo de los edificios. La irregularidad tomada por regla. El silencio. El polvo trepidante. La tarde que desciende y las campanas.

Y, de repente, desde la ópera de la ciudad, un reflejo sonríe detrás de una ventana.

# ÍNDICE

Jetlag / 5

Noches blancas / 9

Klassenfeind / 12

Naïf / 15

Checkpoint Charlie / 17

Leche descremada / 21

Topografía del terror / 24

Un día en la vida de Daniel Horowitz / 30

Östalgie / 53

Manuscrito encontrado en Alexanderplatz / 58